

LA PULGARCILLA



J. BALLESTA — Editor

ALSINA 2006
Buenos Aires



00163241

11665
006



PULGARCILLA

Había una vez una viuda que quería tener un niño; pero a ella le gustaba tener un niño pequeño, que nunca se hiciese grande para tenerlo siempre a su lado. Así es que fué a ver a una vieja, que era una bruja muy conocida. La viuda le contó lo que quería.

La hechicera, mostrando al sonreír su único diente, que era más bien un colmillo, muy retorcido, le respondió no sin antes hacer unos signos cabalísticos en el aire, como si fuera un conjuro:

Podrás tener fácilmente lo que deseas. Y le dió un grano de cebada que ella debía enterrar en una maceta con flores. La viuda le dió las gracias, pagándole lo que la bruja pidió. Al llegar a su casa, hizo lo que la bruja le había dicho, y en el acto de enterrar el grano de cebada, salió una flor grande de colores muy bellos. ¡Qué linda era! Mas, oh sorpresa, en los lindos pétalos, descansaba una niña muy bonita y muy chiquitita. Como era tan chiquitita la llamó Pulgarcilla. La pequeña dormía en una cáscara de nuez y jugaba sobre la mesa. La viuda ponía un plato con agua y la niña tomaba un pétalo de la flor como bote y remaba con dos pajuelas. También tenía muy linda voz, y cantaba. Una noche en que como siempre dormía en su cuna que era la cáscara de nuez, un sapo muy feo entró en la habitación por el hueco de un vidrio roto. Al sapo le gustó la linda Pulgarcilla y dijo: la casaré con mi hijo. Y dicho esto tomando a la niña se la llevó al jardín. Allí en un pantano, vivía el sapo con su hijo. El hijo al ver a la niña se alegró muchísimo. Queriendo manifestar su júbilo, comenzó a croar. No grites, le dijo su padre, pues la pequeña podría despertar y escaparse. Vamos a colocarla en una hoja grande de estas que hay aquí. En tanto, nosotros adornaremos nuestra casa en el fondo del pantano para recibirla como se merece por su belleza, y allí celebraremos la boda. Dicho esto, el sapo padre y el sapo hijo se marcharon dejando a la nenita durmiendo sobre una ancha hoja del jardín.

Después de cerciorarse de que la hoja estaba convenientemente sujeta y a bastante distancia de ambas orillas, para que la prisionera no pudiera escaparse, el sapo, tomó de una pata al sapito y padre e hijo se zambulleron en el agua.

Por la mañana muy temprano, despertó la Pulgarcilla, contenta como de costumbre, sin saber nada de lo que pasó.

Pero pronto se dió cuenta de que estaba rodeada de agua por todas partes. Al instante su contento cambió en llanto; era la primera vez que lloraba. Cuando el sapo terminó de adornar su casa, volvió y presentó su hijo a la Pulgarcilla. Le dijo que iba a tener todo lo que quisiese. Ahora vamos a mi palacio. Y acto seguido quiso llevarla a su palacio. Pero los pececitos del arroyo que habían oído las palabras del sapo, cortaron el tallo que la retenía de suerte que la hoja quedando libre fué arrastrada por el viento. Pronto se encontró ésta muy lejos llevando como pasajera a la linda Pulgarcilla.

Todos los pájaros la saludaban al pasar con sus alegres cantos. Pulgarcilla sujetó a una mariposa, atándola a la hoja con su cinturón. Así la pequeña embarcación iba más ligera.

Ella estaba muy contenta, pero en eso llegó un pájaro enorme y con sus patas la alzó por la cintura y se la llevó a lo alto de un árbol, donde la dejó. Pulgarcilla tenía mucho miedo al verse en la copa del árbol, pero olvidó su miedo para pensar en la pobre mariposa que se iba a morir de hambre,

pues no podría tomar alimento estando como estaba atada. Se atrevió a pedirle al pájaro que libertase a la pobre mariposa, pero el pájaro no le hizo caso. Luego vinieron otros pájaros que se burlaron de la chiquilla, diciendo que era muy fea. Entonces el mismo pájaro que la había traído volvió a llevarla, y bajando del árbol, la dejó encima de una margarita. Sola en medio del bosque, veía llegar el invierno con sus nieves.

Como los copos la hacían bambolear, buscó abrigo debajo de un montón de hojas secas. Pero esa casita improvisada no era muy resistente, pues las hojas se quebraban.

Entonces, saliendo de debajo de las hojas comenzó a correr a todo lo que daban sus piecitos. Llegó así a un gran campo de trigo, y como era tan chiquitita las espigas pinchándola, le producían mucho daño. De pronto metió el pié en el agujero, que era puerta de la casa de la señora Rata. Su casa tenía siempre comida, así es que la Pulgarcilla se atrevió a pedirle alimento y eso que no le gustaba pedir a nadie. La rata que tenía muy buen corazón, dijo que podía pasar, comer algo y calentarse. Pero a la niña le gustó tanto la rata y a la rata tanto la muestra de buenos modales de la Pulgarcilla, que cuando el animalito le pidió que se quedase en su casa, ella no tardó en aceptar. Pero solo me debes ayudar a limpiar la habitación, y cuando termines deseo que me cuentes algunos cuentos. Y la niña aceptó encan-



Y TOMANDO LA NIÑA SE LA LLEVO AL JARDIN

tada. A los pocos días, la señora Rata trataba a la Pulgarcilla como si fuera su hija.

Cierto día recibieron la visita de un vecino muy rico. Era este el señor Topo. Una vez que terminaron de cenar, la rata pidió a Pulgarcilla que cantase. La niña no se hizo rogar y cantó varias canciones. Una de ellas decía:

Canta la ranita
Triqui triqui trá
En la charca dulce
Canta sin cesar
Triqui triqui trá.

Al topo le agradó mucho la hermosa voz de la niña si bien no le quiso decir nada pues era serio, tan serio que desde que entró a la casa de la señora Rata, no había sonreído ni una sola vez siquiera. Sin embargo el topo no era nada malo, tan es así que invitó a la rata y a la niña a que visitasen su palacio lleno de corredores.

Ellas aceptaron encantadas. Pero antes de marchar dijo el topo que no tuviesen miedo de un pájaro que había en la puerta de su palacio, pues estaba muerto. Se había muerto de frío. El topo caminaba delante llevando un trozo de madera podrida que hacía las veces de linterna. Y por cierto que los corredores eran muy largos y oscuros.

Cuando la Pulgarcilla vió al pájaro muerto, que era una golondrina, tuvo mucha lástima y pensó

que si no hiciese frío, ese pajarillo estaría volando alegremente. En cambio el topo dijo en voz alta: ¡Que desgraciados son los pájaros! En el verano van muy orgullosos y hacen mucho ruido; peor es el invierno. En cuanto hace un poco de frío, se quedan helados de tanto temblar, si antes no se mueren de hambre.

Tenéis razón, dijo entonces la rata. Nunca juntan provisiones para el invierno. Pasan todo el verano cantando y dando paseos.

Pero a pesar de todo lo que decían, la Pulgarcilla besó a la infeliz golondrina, pues se acordaba de como la habían acompañado con sus trinos al viajar ella en la hoja.

Después que anduvieron por todos los corredores, el topo acompañó a la señora y a la niña a su casa y el quedó en la suya. Había realizado un bonito paseo.

Toda la noche la niña pensaba en la pobre golondrina. Al fin, no pudiendo cerrar los ojos se levantó y juntando muchas flores, tapó con ellas el cuerpo del pajarito. ¿Qué pasó entonces? La golondrina empezó a moverse como si esperara las flores para volver a vivir. En verdad que lo que pasaba era lo siguiente: el pájaro sólo había estado desmayado por sentir hambre y frío; el perfume de las flores hizo que se despertase. ¡Qué alegría que sintió la Pulgarcilla! Al ver que el pajarito vivía, el corazón le bailó de contento.

Lo primero que hizo, fué envolver con más flores el cuerpo de la golondrina. Luego, acor-

dándose que la hoja de menta era muy buena, pues cuando estaba enferma la había curado, trajo una y la puso sobre la cabeza del pájaro. Después volvió a su casa, pero a la rata no le dijo nada de lo que había visto y hecho por temor a que la rata la riñese.

A la noche siguiente fué a visitar nuevamente a la enferma. La encontró mejor, aunque estaba muy débil. Tenía los ojos abiertos y miraba a la Pulgarcilla con ternura, agradeciéndole todo lo que por ella había la niña realizado. Parecía decirle: Te debo la buena suerte de encontrarme buena de nuevo. Pronto podré volar nuevamente, pues siento que me vuelven las fuerzas. ¡Cuántas gracias debo darte!

Todavía no debes levantarte, dijo la niña, pues afuera cae mucha nieve. Aquí en la cama sientes calor. Además yo tendré cuidado de tí. Y le dió de comer algunos insectos y beber agua en el fondo de una campanilla. La golondrina, una vez que hubo satisfecho su apetito y calmado su sed, le contó su historia.

Ella iba con sus compañeras, hacia otros lugares donde no hiciese frío, pero al pasar encima de una zarza se desgarró el ala, y sus compañeras que no se dieron cuenta, la dejaron solita y herida. El frío hizo lo demás. Se desmayó y así hubiese quedado de no llegar la ayuda tan a tiempo de la niñita.

El pajarito enfermo no sanó tan pronto como la Pulgarcilla había creído que iba a sanar. Amo-



SUJETO A UNA MARIPOSA ATANDOLA A LA HOJA

rosamente, con el cariño de una hermana, la pequeña siguió cuidando a la enferma durante todo el invierno. Y a todo esto, ni la rata ni el vecino topo sabían nada de lo que pasaba. La Pulgarcilla no se los había dicho al ver el odio que tenían por los pájaros. A lo mejor, si ella contaba algo, harían daño al pobre pájaro.

Llegó la primavera y la golondrina que ya estaba curada del todo, pidió a la niña que la dejase partir en busca de sus compañeras. La niña se puso muy triste, pero el pajarillo le dijo que su deseo más grande era de que la salvadora fuese con ella. Si quieres, le dijo, súbete en mis alas y yo te llevaré hacia el bosque.

Pero la niña no podía abandonar a la bondadosa rata que tantos favores le había hecho, así que contestó que no podía, aunque con mucho pesar, pues se había encariñado con el ave. Entonces, adiós tierna y encantadora niña dijo la golondrina y se echó a volar. La Pulgarcilla contemplóla con lágrimas en los ojos y la oyó cantar alegremente al ver el sol, antes de que se perdiese totalmente de vista.

Aumentó su tristeza la grave falta; sobre la ratonera habían sembrado trigo y no se podía salir, a riesgo de pincharse.

Pero he aquí que pasó algo que la golondrina no le había dejado de decir cuando pasaba las tardes conversando.

Vas a ver, le decía la enferma, que ese anti-pático topo es capaz de pedirle tu mano a la rata.

Y así sucedió. Lo que era la rata, estaba muy contenta y le decía a la niña que tenía la suerte de casarse con un personaje muy distinguido como era el señor Topo. Por otra parte le envió cuatro tejedoras arañas que día y noche tejían las telas hermosas para el ajuar de la futura esposa.

Entretanto el topo venía a visitarla cada día; se daba mucho corte y se pasaba el día hablando, él que por lo general era tan serio. El decía también que debido al mucho calor que hacía, la boda se haría para el verano en caso de que hiciese por casualidad un día fresco, pero que de no ser así, se casarían en invierno.

Pero no crean ustedes que la niña estaba contenta porque se iba a casar con el topo. Por el contrario, ella le odiaba. Pasaba los días encerrada, y solo gozaba al ver el Sol cuando el viento movía las espigas. De lo contrario, las espigas lo tapaban todo.

La Pulgarcilla deseaba que volviese su amiguita golondrina y se afligía mucho al pensar que el ave podía haberse olvidado de ella.

Por fin, un día de otoño, la rata le dijo que la boda se celebraría dentro de cuatro semanas, pues faltaba muy poca cosa por terminar, y las arañas habían terminado ya, todos los tejidos. La niña al oír esta fea noticia, rompió a llorar amargamente. Luego le dijo a la rata que no quería unir su vida a la de un topo, que ni siquiera había visto el Sol.

Al oír las quejas de Pulgarcilla, la rata se eno-

jó muchísimo, y hasta amenazó a la infeliz niña con darle un buen mordisco si seguía protestando.

¿Dónde se ha visto, le decía, que se odie a un señor como es el señor Topo? Debes dar gracias a Dios que te ha dispuesto tal esposo. ¿No sabes acaso, que tiene sus graneros y su despensa repletos siempre de víveres?

Y así, entre estas discusiones de la señora rata con Pulgarcilla, llegó el día de la boda que tanto no quería la niña.

El topo llegó muy temprano para llevarse a la niña a su palacio subterráneo.

Ya nunca más vería el bello Sol y tendría que estar siempre con el que no podía ver ni pintado. El solo oír nombrar al topo la llenaba de horror. La pobre Pulgarcilla llamando a la rata aparte, le pidió que la dejase salir a ver el sol que vería por última vez.

Anda y vuelve en seguida, le dijo la rata.

La niña atravesó el corredor y caminó algunos pasos por el campo; ahora ya habían segado el trigo, pudiéndose divisar entonces, todo el valle.

Con una gran pena en el corazón despidióse de todo el campo, dijo adiós a toda la naturaleza; al sol, a los árboles; abrazó a las flores, y ya se disponía a marcharse para siempre a la cueva del topo cuando oyó un canto que le era muy conocido. Era la golondrina. La niña comenzó a contarle todo lo que le pasaba; le dijo como querían casarla con un topo muy feo, y que no podría

ver más la hermosa luz del día. Al decir esto, las lágrimas resbalaban por su preciosa carita.

Pues bien, le dijo la golondrina; tú te vienes conmigo. Yo voy con mis compañeras a unos países en donde siempre brilla el Sol; en donde nunca hace frío, y en donde las flores son tantas que cubren por completo todo el campo. Me sentiré muy feliz si puedo pagarte los favores que te debo; ven, que así te verás libre para siempre del odioso topo.

La niñita no vaciló; dijo que sí, y en seguida subió sobre la golondrina y se ató a una de las alas del pájaro con su cinturón. Entonces el ave se lanzó rápidamente por encima de los bosques, y subiendo mucho atravesó grandes montañas cubiertas de nieve. La Pulgarcilla tenía frío, pero se escondía entre las tibias alas del pájaro, aunque no podía dejar de sacar la cabeza para contemplar los bellos paisajes que atravesaban en viaje. De vez en cuando pasaban a su alrededor grandes mariposas de coloreadas alas; y otros pájaros que se atrevían a volar tan alto como volaba la golondrina. Veía grandes copas de árboles, y sobre todo le gustaba admirar el lindo cielo azul, que le rodeaba en su vuelo.

Y la golondrina seguía volando, y cada vez eran más bellos los paisajes que podía ver la Pulgarcilla.

Por fin llegaron a un gran lago azul, rodeado de árboles magníficos, y a cuyas orillas se levantan



SUBIO SOBRE LA GOLONDRINA

taba un palacio de mármol, adornado con grandes columnas que a su vez estaban rodeadas de hiedras y enredaderas. En las cornisas había muchos nidos de golondrinas, a los cuales se dirigía nuestra avecilla.

Aquí está, dijo a la niña, mi casa; pero temo de que para tí no sea demasiado bella. Allí abajo hay flores bellísimas; puedes elegir la que más te agrade.

¡Qué lindo! dijo la niña, palmoteando de alegría. Eligió una flor y entonces la golondrina la depositó sobre los pétalos. Cuál no sería su asombro al ver en la flor a un jovencito, y lo que era más asombroso, que tenía la misma altura de ella. Su cuerpo era luminoso y transparente, tenía dos alas de distintos colores y era rey. Tenía muchos súbditos.

A la niña le gustó mucho el reyezuelo, que estaba muy asustado, porque el pájaro al lado de él era un gigante, pero se recobró al ver a la bella Pulgarcilla.

Tanto le gustó la pequeña, que tomando su corona, la colocó en la cabeza de Pulgarcilla, y le preguntó si ella lo quería por esposo, y si quería ser reina de las flores, como él era el rey.

¡Este jovencito sí que era lindo! . . . ¿Qué debía parecer el topo a su lado?

La Pulgarcilla sin dudar le contestó que sí. De todas las flores salieron muchos señoritos y señoritas, trayendo cada uno regalos para su nueva

reina. Pero el que más le gustó, fué un par de alas brillantes. La nueva reina se las puso y desde entonces pudo volar graciosamente. Las fiestas de las bodas duraron muchos meses.

La golondrina, que siempre intervenía gustosa en estos festejos, se despidió al fin de todos, al llegar la primavera, pues debía volver a los países del Norte. Así lo hizo, despidiéndose con bastante pena de su querida Pulgarcilla, a quien todos los años hacía una visita en prueba de su amistad perdurable.

— FIN —

SC

LIJ

O-LAN

09

La Alegría de los Niños

SERIE PRIMERA

- | | |
|-------------------------|------------------------------|
| Amor de madre | Barba Azul |
| La Pulgarcilla | La Cenicienta |
| El Avaro D. Rodrigo | El gato con botas |
| Bajo el Sauce | Caperucita Roja |
| El Cardo Vanidoso | La Reina de las
Morcillas |
| Aventuras de 4 ratitas | La princesa dormida |
| El mejor destino | Piel de Asno |
| El trompo enamorado | Las tres princesas |
| Desventuras de un cisne | Grisélida |
| El escarabajo presumido | Pulgarcito |

CADA TOMITO 10 centavos.